

Primer capítulo

La escalera crujió a su espalda alimentando de quimeras el vientre adormecido de la iglesia.

La amenaza de un daño, aún imaginario, perturba el ánimo y desata una tormenta de angustia que termina anclándose en el estómago. La mujer, fuerte y consciente de la lucha que debía mantener contra su miedo, lograba sobrellevarlo tomando el argumento por su parte débil, por una palabra: imaginario.

Había llegado poco antes del anochecer para completar el trabajo sin intrusiones, ahora comprobaba el resultado de su labor acodada sobre el balaustre del coro. Desde allí, la oscuridad perfecta del piso inferior se veía rota por un reguero de velas encendidas entre los escombros. Una larga serpiente de luz que moría en el ábside e iluminaba unos centímetros en torno a sí pergeñando nubes parpadeantes en la base de los muros y rindiendo los ángulos muertos al mundo de la penumbra.

Ya tenía cuanto necesitaba. La respuesta estaba ante sus ojos, transcrita en el garabato casi espiral del papel unido a la carpeta. Sólo un minuto, uno más, el preciso para corroborar su hallazgo sin margen de error, y podría abandonar el recinto. Retiró las gomas del cartapacio y extrajo el libro para comprobar los textos.

Esta vez percibió nítido al fondo de la nave el largo quejido de unos goznes sin aceitar, quizá una puerta abandonada al antojo de la brisa nocturna, que puso una nota tétrica en el sobrecargado ánimo de la mujer. Le trajo el recuerdo de un manido recurso de película de género que no le calmó la inquietud. Mejor salir de allí. Desde pequeña tenía miedo de la oscuridad, luego, los años contribuyeron a limar sus temores pero nunca los borraron del todo.

Pese a su creciente zozobra, no podría apresurar la salida del recinto. El suelo de la iglesia, levantado en su práctica totalidad por los arqueólogos, se resolvía en una suerte de zanjas y pasarelas que, sobrevolando escombreras y restos óseos al descubierto, hacía temerario su tránsito sin precauciones.

Al bajar las escaleras sintió un roce furtivo en el hombro. El hormigueo de las rodillas le obligó a detenerse, y el terror, a mirar en esa dirección mientras, en el mismo movimiento, alejaba la mejilla del contacto.

El balanceo de una maroma, colgando desde el primer piso del andamio, le acariciaba el brazo. Un suspiro de alivio mientras retomaba el camino.

La ausencia de luz fiable le obligaba a recorrer el trayecto hasta la salida con una prisa reñida con el cuidado. De nada le servía vigilar su espalda de reojo: la oscuridad, como una cortina, se cerraba tras ella a cada paso.

«Dios mío, que no esté cerrada».

No recordaba haber echado la llave al llegar, pero también creía estar sola en el edificio y, tuvo que reconocerlo, estaba huyendo.

«Espérame».

¿Un susurro o la aspiración del aire al abrir el portón de la calle?

«¡Sal de una maldita vez!».

No iba a regresar a por el abrigo ahora que sentía en el rostro la fría seguridad del terreno abierto.

Junto a la boca de metro, el viejo la vio pasar mientras recogía su tenderete, apenas una manta extendida y cubierta de libros usados; le extrañó que no se detuviese a husmear en él a

última hora, como hacía a diario desde la primera vez que vino a la iglesia. Luego dio en pensar que nada insólito tenía su apresuramiento, al fin y al cabo, iba sin abrigar.

«Nadie vive mucho tiempo con tanta prisa. No debería arriesgarse a sortear automóviles para cruzar la calle. Pero hoy, ya se sabe, el mundo anda enloquecido...». La meditación duró lo que el trayecto de su colilla de picadura hasta el borde del encintado. Luego se desentendió de ambas: «Y, encima, cogerá una pulmonía».

—¿Sabe dónde puedo hacer unas fotocopias?

La voz femenina exigía en vez de solicitar. En otra situación el quiosquero la hubiese liquidado con un gruñido, pero llevaba varios días comprándole la prensa y no estaban los tiempos para perder clientes:

—Un par de calles abajo, junto al puesto de la *Once*, pero no sé si a estas horas... —había desviado unos instantes la mirada hacia su reloj de pulsera. Al levantar la vista, la mujer era ya un punto apresurado en la distancia.

Se tranquilizó al apoyar la espalda contra el dorso de la recia puerta. Aunque había encajado la cadena de seguridad y los pasadores, se cercioró de que la cerradura tuviera echada las cuatro vueltas de llave. Entonces pudo sentirse a salvo en el ambiente reconocible de su casa.

Todos los hogares tienen aroma propio. El suyo hablaba de confianza, de torre inexpugnable donde no puede penetrar mal alguno. Ni siquiera la imperturbable objetividad de las cifras.

Que el ochenta por ciento de los accidentes ocurra en el domicilio habitual parece de lógica tan asumible que invita a olvidar que el porcentaje de asesinatos cometidos en la vivienda de la propia víctima pasa del setenta.

«A qué viene pensar eso ahora».

Las casi tres semanas transcurridas en la iglesia habían alterado su ánimo pero, una vez resuelto el motivo que le condujo a ella, no iba a regresar. Jamás. El convencimiento le confortaba con una extraña mixtura de satisfacción y alivio.

Una ducha que aleje los malos pensamientos es de prioridad absoluta para una persona que vive sola. Encendió la luz del pasillo. Media hora sin otra preocupación que dejar al agua recorrer cada milímetro de la piel, restaurando el sosiego perdido en los últimos días, en las últimas horas.

A partir de ese momento el sistema de trabajo sería distinto. Sabía qué tenía que buscar y, a la mañana siguiente, lo conocerían también los demás.

La carpeta con los originales quedó postergada sobre la cama al tiempo que desdoblaba el camisón de raso, suave, acogedor, sobre el edredón, para desnudarse sin prisa.

Siempre había renegado de los pisos con calefacción controlada por manos ajenas. O el calor se hace insoportable, o el frío, incapaz de adaptarse a las necesidades de cada uno, aparece en fechas intempestivas, cuando los empleados de la finca no están autorizados a poner en marcha las calderas. Pero aquella noche, pese a que el ambiente cargaba algunos grados más de los necesarios, agradeció la temperatura acogedora del dormitorio.

Fue al calzarse las zapatillas cuando algo atravesó el ángulo extremo de su campo visual.

En el pasillo, una sombra cruzaba ante el vano de la puerta y ella, al soslayo, la columbró, o creyó hacerlo.

Se puso en pie de un salto para observar el corredor a la luz de los apliques. A uno y otro lado. Nada.

Eran sus temores los que dibujaban sombras chinescas en su imaginación. Bajo esa influencia, cualquier accidente, una pequeña bajada en la intensidad de la luz, un ruido lejano en el piso vecino, se convierte en una bestia al acecho. Si se dejaba vencer por el pánico terminaría gritando desde debajo de la cama. Ella, viuda de un militar de grado, no se iba a permitir flaqueza semejante.

El miedo puede crearlo la incertidumbre, pero el peligro, por propia definición, sólo existe si es real. La intuición a tiempo de ese matiz diferencia una personalidad pusilánime de otra entesada, y en no pocas ocasiones supone la distancia que media entre la vida y la muerte. Ella lo sabía.

Su marido le había dejado el íntimo recuerdo de una larga vida en común, junto a algún otro de material tangible: aquel caserón plagado de habitaciones que siempre habían sido demasiadas para una sola persona..., y el viejo Smith.

Rebuscó en el cajón de la cómoda. Bajo la ropa interior los dedos acariciaron su alentadora superficie rígida.

—Me sustituirá cuando esté fuera de casa —le había dicho su esposo el día que lo trajo—. Si alguien te intimida, pónselo delante de los ojos: eso le dejará una huella indeleble en los calzoncillos y, si persiste, dispara. Cuando se disipe el humo, ya no habrá quien te amenace...

Era un *Smith & Wesson*, Tripe Lock, calibre cuarenta y cuatro especial. Muy antiguo, anterior a la primera guerra mundial, ruidoso y falto de precisión, pero infalible en las distancias cortas. Como un buen perfume. Como un mal hombre.

Con el arma abriendo camino, inspeccionó las habitaciones aledañas: vacías de vida como el resto de la casa.

Al pasar, el armario de lunas le describió la ridícula situación en que se encontraba: desnuda, en chanclas, y con aquel trabuco en las manos, tan grande que casi le era imposible sujetarlo con una sola.

Dejó caer los brazos para reírse de sí misma mientras abandonaba la búsqueda insensata. Recogió en el dormitorio el camisón y el albornoz, depositando ambos sobre la cesta del baño antes de permitir que el agua corriera en la ducha adquiriendo una temperatura agradable.

A su lado, el espejo se fue cubriendo de una pátina de vaho que, poco después, formaba, al capricho distorsionante del vapor, una figura vagamente humana bajo el cerco de la puerta.

De manera objetiva, no contaba con nada que sus sentidos pudieran procesar como amenaza, pero algo, acaso la percepción experta de mujer acostumbrada a la soledad, le puso sobre aviso. Se volvió como impulsada por resorte.

Otra vez el vacío. Los nervios le estaban jugando una mala pasada.

Cerró la puerta con pestillo cuidando de que el revólver quedara al alcance de la mano. A partir de ahí, nada le iba a impedir tomar una ducha que tanto le reclamaba el cuerpo.

Un cuarto de hora de placer más tarde, en medio del caliginoso ambiente del cuarto de baño, agradecía el tacto fresco del albornoz. El agua se había llevado los temores que cargaba al llegar a casa. El agua, y el peso del arma que deformaba el bolsillo de la prenda.

Había abierto la ventana para renovar la atmósfera en el cuarto, pero enseguida se dio cuenta de que éste se llenaba de un olor nuevo, extraño...

Venteó el aire como perro de caza. El tufo persistía. Llegaba desde algún lugar inconcreto de la vivienda. «Un cortocircuito». No sería extraño en aquel caserón tan inhóspito, tan necesitado de reforma desde que su marido tuviera la feliz idea de irse a instruir ejércitos en la otra vida. Pero no olía a cable chamuscado sino a papel y, fuera lo que fuese, determinó, provenía de la cocina.

Empujó la puerta con prevención. Sus ojos, acostumbrados a la luz del pasillo, no distinguieron otra cosa en la oscuridad que el halo de los quemadores de gas encendidos y un leve resplandor fluctuante surgiendo en el seno del fregadero.

Los nervios se aliaron, esta vez sin paliativos, para no dejarle alcanzar el interruptor de la luz que parecía desplazado de su posición habitual. Lo consiguió tras varios intentos, pero la visión que sobrevino con su acierto le hizo arrepentirse del éxito.

«¡Dios mío...!».

Levantó el arma con un temblor de manos que le impedía delimitar el objetivo.

Apretó el gatillo.

Clic.

El percutor golpeó en vacío varias veces.